

SERIE PECADOS III



Rey de la **CODICIA**



ANA HUANG

CROSS
BOOKS

SERIE PECADOS



Rey de la
CODICIA

ANA HUANG

1

Alessandra



Hubo una época en la que adoraba a mi marido.

Por su belleza, su ambición y su inteligencia. Por las flores silvestres que cogía de camino a casa para regalarme cuando volvía del turno de noche, o por la cariñosa forma en la que me besaba el hombro cuando me enfurruñaba y me negaba a prestarle atención al despertador.

Pero de esa época hacía ya muchísimo tiempo. Ahora, en cambio, lo estaba viendo atravesar la puerta por primera vez en varias semanas y lo único que sentía era un profundo y frío dolor en lugares donde antes había reinado el amor.

—Llegas pronto —señalé a pesar de que fuera casi medianoche—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien. —Dominic se quitó el abrigo con una sacudida de hombros y dejó al descubierto su impoluto traje de color gris y su camisa de un blanco impecable. Todo hecho a medida y de un valor de más de cuatro cifras. Lo mejor y solo lo mejor para Dominic Davenport, conocido como el rey de Wall Street—. Sin más.

Me besó superficialmente en los labios. Ese familiar aroma a cítricos y a sándalo hizo que se me encogiera un poco el

corazón. Llevaba utilizando la misma colonia desde que se la regalé hacía una década cuando viajamos por primera vez a Brasil. Aquella fidelidad solía parecerme romántica, pero el nuevo recelo que habitaba en mí me susurraba que solo lo hacía porque no le apetecía molestarse en probar otro perfume.

A Dominic, todo aquello que no le aportara dinero le daba igual.

Paseó la vista por las copas de cristal manchadas de pintalabios y por las sobras de comida china para llevar que había en la mesa. Como la sirvienta estaba de vacaciones, cuando Dominic llegó a casa yo estaba a medio recoger.

—¿Has invitado a alguien? —preguntó con lo que parecía un discreto interés.

—Solo a las chicas. —Mis amigas y yo habíamos celebrado el hito financiero al que había llegado mi pequeña empresa de flor prensada ahora que ya casi hacía dos años que había abierto el negocio, pero ni siquiera compartí dicho logro con mi marido—. La idea era ir a cenar fuera, pero al final decidimos quedarnos aquí.

—Qué bien. —Dominic ya estaba con la vista puesta en el móvil. Se ceñía a una estricta política de «nada de correos electrónicos», así que supuse que estaría revisando cómo iban los mercados bursátiles asiáticos.

Se me formó un nudo en la garganta.

Seguía siendo igual de apabullantemente atractivo que la primera vez que lo vi en la biblioteca de la universidad. Pelo rubio oscuro, ojos de color azul también oscuro y una cara bien esculpida y que casi siempre dejaba entrever una expresión pensativa. Dominic no era de sonrisa fácil y eso me gustaba. No era falso; si sonreía, lo hacía de verdad.

¿Cuándo fue la última vez que nos sonreímos el uno al otro como solíamos hacer antes?

¿Cuándo fue la última vez que me tocó? Y no hablo de sexo, sino de un simple acto de cariño.

Aquel nudo se hizo aún más grande y le cortó el paso al oxígeno. Tragué saliva para deshacerme de dicha sensación y me obligué a sonreír.

—Hablando de salir, no te olvides de la escapada de este fin de semana. Tenemos una reserva para cenar en Washington el viernes por la noche.

—Lo sé. —Tecleó algo en la pantalla.

—Dom —lo llamé seria—, es importante.

Con el tiempo, había soportado que no acudiera a decenas de citas, que cancelara viajes y que rompiera promesas, pero íbamos a cumplir diez años de casados y esto no se repetía dos veces. No podía saltárselo.

Por fin levantó la vista.

—No me olvidaré. Te lo prometo. —Le resplandeció algo en la mirada—. Diez años ya. Increíble.

—Sí. —Se me podrían haber roto las mejillas de tanto forzar aquella sonrisa—. La verdad es que sí. —Tras dudar un momento, añadió—: ¿Tienes hambre? Puedo calentarte algo y de paso me cuentas qué tal el día.

Dominic tenía la mala costumbre de olvidarse de comer mientras trabajaba. Conociéndolo, seguramente no habría ingerido nada, aparte de café, desde el almuerzo. Cuando aún estaba empezando, me pasaba por su oficina para asegurarme de que comiera, pero dichas visitas cayeron en saco roto en el momento en que Capital Davenport alzó el vuelo y Dominic empezó a estar demasiado ocupado.

—No; tengo que ocuparme de algo de un cliente. Ya comeré algo luego. —Volvía a estar centrado en el móvil y frunciendo sumamente el ceño.

—Pero...

«Pensaba que ya habías acabado de trabajar por hoy. ¿No has llegado antes por eso?».

Me mordí la lengua. No tenía ningún sentido que le preguntara algo cuya respuesta ya sabía.

Dominic nunca acababa de trabajar. Su trabajo era la amante más exigente del mundo.

—No me esperes despierta. Estaré en el despacho hasta tarde. —Me rozó la mejilla con los labios al pasar—. Buenas noches.

Cuando respondí, él ya se había marchado.

—Buenas noches.

El eco de mis palabras retumbó por nuestro gigante y vacío salón. Era la primera noche en semanas que seguía despierta cuando Dominic llegaba a casa y nuestra conversación se había terminado antes de empezar siquiera.

Pestañee para deshacerme de unas bochornosas lágrimas que hacían que me escocieran los ojos. ¿Qué más daba que mi marido fuese como un total desconocido? A veces, ni siquiera me reconocía a mí misma al mirarme en el espejo.

Además, me había casado con uno de los hombres más ricos de Wall Street, vivía en una casa preciosa que mucha gente mataría por tener y dirigía un pequeño aunque exitoso negocio que me permitía dedicarme a aquello que tanto me gustaba. No tenía ninguna razón para llorar.

«Recomponte».

Inhalé profundamente, enderecé mis hombros y cogí los recipientes vacíos de comida para llevar que había en la mesita. Cuando terminé de limpiar, la presión detrás de los ojos había desaparecido y era como si no la hubiese notado nunca.

2 Dominic



Según el dicho, las desgracias vienen de tres en tres. Y, tras el desastre de día que había tenido, quizá me lo habría creído de no ser por mi aversión hacia las supersticiones.

Primero, un absurdo fallo tecnológico nos formateó el correo electrónico y los sistemas de calendarios por la mañana y no volvimos a tenerlo todo en orden hasta al cabo de varias horas. Después, uno de mis mejores inversores lo deja porque «está agotado» y «ha encontrado su verdadera vocación» como maldito profesor de yoga. Y luego, una hora antes de que cerrasen los mercados estadounidenses, se filtraron las noticias de que la Comisión de Bolsa y Valores estaba investigando un banco donde teníamos una gran participación. Las acciones estaban cayendo en picado y eso significaba que mis planes de marcharme antes se vieron frustrados de inmediato. Como director ejecutivo de uno de los grupos financieros más importantes del momento, no podía permitirme el lujo de delegar la gestión de crisis a otros.

—Cuéntame.

Tardé treinta segundos en ir del despacho hasta donde íbamos a celebrar una reunión de emergencia con la plantilla, que se encontraba tres salas más allá. Estaba tan tenso

que me dolían los músculos; era una milagro que no me hubiese dado un calambre. Había perdido millones de minutos y no tenía tiempo para que se fuera por las ramas.

—Se rumorea por ahí que la Comisión está tomándose este caso con mucha severidad. —Caroline, mi jefa de personal, echó a andar y me alcanzó rápidamente—. El nuevo director quiere dar una ostentosa primera impresión. ¿Y qué mejor que hacerlo enfrentándose a uno de los bancos más grandes del país?

Manda huevos. Los novatos siempre entraban en su primer año de mandato pisando fuerte, cual elefante en una cacharrería. Me llevaba bien con el antiguo director, pero el de ahora me irritaba, y eso que solo llevaba ahí tres meses.

Miré la hora en el reloj de muñeca mientras abría con ímpetu la puerta de la sala de conferencias. Las tres y cuarto. A las seis tenía que coger el avión con Alessandra para ir a Washington. Si conseguía que la reunión durase poco e iba directo al aeropuerto en lugar de pasar por casa como había planeado, aún podría llegar.

Maldita sea. De entre todos los días, ¿por qué había tenido que liarla el nuevo director en mi aniversario de boda?

Me senté en la cabecera de la mesa y cogí el mechero. A estas alturas, ya lo hacía por inercia; ni siquiera lo pensaba.

—Quiero cifras.

Los pensamientos sobre el viaje a Washington y los vuelos que tenía que coger fueron desvaneciéndose mientras yo iba encendiendo y apagando el mechero y mi equipo iba comentando los pros y los contras de dejar de invertir en el banco o intentar capear el temporal. Cuando se trataba de emergencias, las preocupaciones personales quedaban atrás y el reconfortante y sólido peso de aquel objeto de plata hacía que pudiese concentrarme en la tarea en cuestión en lugar de dejar que unos susurros traicioneros me invadieran la mente.

Eran omnipresentes y me hacían dudar constantemente con pensamientos como que bastaría con que tomase una mala decisión más para perderlo todo. O como que siempre había sido y seguiría siendo la persona de quien todos se reían, el huérfano a quien su propia madre biológica abandonó y el que repitió sexto dos veces.

«El alumno problemático», se quejaban mis profesores.

«El idiota», se burlaban mis compañeros.

«El holgazán», suspiraba mi orientador.

En tiempos de crisis, aquellas voces eran aún más fuertes. Reinaba en un imperio de miles de millones de dólares, pero cada día caminaba por aquellos pasillos con el miedo de que todo fuera a estallar acechándome de cerca.

Encendido. Apagado. Encendido. Apagado. Fui encendiendo y apagando el mechero cada vez más deprisa, al mismo ritmo al que me latía el corazón.

—Señor. —La voz de Caroline se coló en mis pensamientos—. ¿Qué opina?

Pestañeeé para deshacerme de aquellos recuerdos indeseados que iban asomando en la cabeza desde ciertos rincones de mi conciencia. Volví a centrar la vista en la sala y vi las expresiones nerviosas y expectantes del equipo.

En el último minuto, alguien acababa de presentar algo con diapositivas incluidas, aunque yo había repetido en numerosas ocasiones que detestaba ese tipo de soporte visual. A la derecha había una reconfortante mezcla de gráficas y cifras, mientras que la parte izquierda estaba repleta de *bullet points* más bien largos.

Las frases me fueron pasando por delante de los ojos. No podían estar bien; seguro que mi cerebro había añadido algunas palabras y había quitado otras. Me fui cabreando; el corazón me latía con tanta rabia que era como si estuviese intentando atravesarme el pecho y derribar las

palabras que aparecían proyectadas en la pantalla de un solo golpe.

—¿Qué os dije del formato de las presentaciones? —El ruido, cada vez más fuerte, no me dejaba ni oírme a mí mismo. Si no estallé de repente fue solo por la fuerza con la que estaba agarrando el mechero—. Nada-de-*bullet-points*.

Escupí aquellas palabras de mala manera y la sala se sumió en un silencio letal.

—L-lo siento, señor. —El analista que estaba exponiendo su presentación empalideció tanto que le quedó la cara traslúcida—. Mi ayudante...

—Me importa un bledo tu ayudante. —Estaba siendo un cabrón, pero ahora no tenía tiempo para sentirme mal por eso. Y menos cuando tenía el estómago totalmente revuelto y la migraña ya estaba empezando a acomodárseme en la sien.

Encendido. Apagado. Encendido. Apagado.

Volví la cabeza y me centré en los gráficos. Cambiar el objeto de mi atención, junto con los ruiditos del mechero, me tranquilizó lo suficiente para poder seguir pensando con claridad.

La Comisión de Bolsa y Valores. Las acciones que caían. El qué hacer con la participación que teníamos ahí.

No podía quitarme de encima la sensación de que, algún día, la cagaría tantísimo que perdería todo lo que tenía. Pero ese día no iba a ser hoy.

Sabía qué tenía que hacer. Y mientras iba exponiendo una estrategia para seguir como estábamos con el banco, dejé de escuchar todas aquellas voces de mi cabeza, incluida la que me decía que me estaba olvidando de algo jodidamente importante.